

mismo que lo hacen las *prima donnas* de estrado, hizo vibrar en el silencio de la noche una voz sonora, robusta y un poco desafinada, pero llena de melancolía y con cierto aire de afectación que jamás abandona el rancho cuando canta. La gente del campo detesta el *basso profundo*, y Marini, Spechi ó Rocco, no serian dignos de acompañarle un responso al vicario del pueblo donde oye misa nuestro tipo. La delicia del rancho es el *soprano*, y dá gusto el ver como un hombre de siete piés de altura, robusto como un buey, y de estentórea voz, se afana y atormenta por sacar de su garganta las notas del tenor ó los puntos mas altos del baritono.

Pero volvamos á Pancho que prosigue cantando la *Media perra*. Esta cancion en los Rancheros del *Bajío*, hace el mismo efecto que el *Oh vell alma innamoratta* en los *dilletanti* de la culta México. La *Media perra* es un aire sencillo, ligero, casi un *recitativo*; pero lleno de tristeza y de cierta espresion melancólica, mezclada de ayes y suspiros mas ó menos prolongados, segun el gusto y las facultades del cantor. Pero lo que hay en ella de extraño, lo que sorprende al oirla por la primera vez, y que nadie puede explicarse, es, cómo su autor pudo darle un nombre tan eminentemente prosaico, y una letra que tan mal dice con los sentimientos que la cancion inspira. En efecto; parece que el compositor se propuso mezclar lo ridículo y lo sublime, lo clásico y lo romántico, lo temporal y lo eterno. Una prueba de esto es el primer verso que acaba de cantar Pancho, Helo aquí:

Y á naide le ha sucedido
Lo que á mí me sucedió;
Que estando mi tia de parto
Querian que pariera yo...!!

¿Has oido en tu vida, lector, heregía masculina de mayor calibre? Pues sin embargo, Pancho la dijo con la mayor frescura del mundo, y casi sin tener conciencia de lo que decia. Yo no pude contener la risa al escuchar los apuros del sobrino, el cual prosiguió cantando el estribillo, en cuyo final ostenta el rancho toda la fuerza de sentimiento, de pasión y de ternura que puede salir de una boca enorme, flanqueada por dos patillas negras, ásperas y erizadas como las almas de algunos acreedores.

En estas y las otras apareció el día, cuando apenas habiamos andado la mitad del camino. El resto de la jornada la pasamos Pancho cantando y yo aburriéndome, hasta que al fin llegamos al rancho de D. Alonso, donde fuí recibido inmediatamente por media docena de perros corpulentos, que manifestaban deseos de acariciarme las pan-torrillas. En seguida se presentó D. Alonso, con sombrero en mano, saludándome sin formar curvas con la espina dorsal, pero con el co-

razon recto, segun inferí por la sonrisa ingenua que animaba su semblante. La esposa y las hijas salieron corriendo de un gran jacal para ocultarse en otro, como si huyeran de alguna aparición terrible. Los hijos varones, en las cercas de piedra que circuián el rancho, me miraban llenos de admiración, y con la misma que examinarían á un animal raro, traído del Asia ó de la Australia. Los perros, á una respetuosa distancia que poco á poco iban disminuyendo, seguían saludándome con sus ladridos impertinentes. Yo no estaba en mi elemento. Don Alonso hubo sin duda de conocerlo, y gritó á sus hijos:

—¡Muchachos, esos perros!

—No les incomode vd., D. Alonso.

—¡Qué! no señor amo: así aprenden á malcriados. Perdónelos usted; son unos brutos fuera é la crisma. Pero vamos, amito: pase usted á descansar y á tomar un bocao de rancho.

Entramos al jacal. La esposa de D. Alonso me saludó entredientes; las hijas se pusieron coloradas, y partieron en seguida á disponer la mesa. Quince minutos despues me hallaba sentado á ella, en compañía de D. Alonso y su muger. El resto de la familia huyó á la cocina sin que pudiéramos lograr que nos acompañasen. La comida se componia de una gallina en mole, novedad culinaria á que habia dado origen mi persona; un cabrito asado, una cazuela de chile verde con queso, una olla de sabrosísimo *jocoque*, queso y mantequilla en abundancia, varios requesones, frijoles bien sazonados, tortillas blancas, delgadas y humentes, y una palangana cubierta con las pencas de un panal de abejas, en cuyas celdillas brillaba una miel tornasolada. El servicio de mesa era humilde, pero limpiísimo, lo cual unido á las viandas apetitosas, al buen sazon y á la cordial franqueza, me hicieron saborear las primeras delicias de la vida campesina. Lo molesto del camino habia desaparecido, y una hora despues de mi llegada la muger de D. Alonso se habia quedado sin comer; este lo habia hecho por tres, y yo me consideraba digno competidor de los emperadores Vitelio y Eliogábalo.

En la tarde, cuando el sol *habia caído*, recorrí con D. Alonso los alrededores de su rancho, que me parecieron bastante pintorescos, y ví llegar sucesivamente los diversos ganados que formaban parte de la riqueza del honrado campesino. En seguida llegó la noche; volvimos á la casa, cenamos, se me dispuso mi cama, elevada cuatro piés sobre el nivel del suelo; D. Alonso y su familia me dieron las buenas noches, marcharon á dormir, y con grande admiración mia sentí gana irresistible de entregarme al sueño. En efecto: á las ocho de la noche *yo estaba en la otra vida*. . . . ¡Yo, lector, que siempre me he desvelado hasta las doce, y que mil veces aun á esas horas he tenido que servirme de las poesias de cierto vate, como de un narcótico, para conseguir el sueño!

seguidores. Entonces todo el mundo echó mano á la manga y al zapa-
pe para capotear al enemigo, y D. Alonso comenzó á dirigir la escena.

—Epa! háganse á un lao. Dejen solo al muchacho.—Andale, Pan-
cho, júrtale la vuelta, no seas penco.—Bien! Vamos á ver otra. . . .
¡Bien hayga quien te parió!—Otra; pero cuidao! ese animal parece que
ha olido la masa. . . .—Capiátelo, hombre. . . .—Mí! mí! . . . A qué jijo
é la yegua tan pasguate!

El atrevido Pancho, á quien se dirigian semejantes admoniciones,
acababa de recibir en el pecho un golpe terrible que le hizo venir á
tierra, girando en seguida bajo los cuernos agudos del animal, que
procuraba herirlo.

D. Alonso brincó de la cerca, echó á correr hácia el sitio del com-
bate y arrebató la manga de Pancho, diciéndole á éste al mismo
tiempo:

—Largo á la cocina, cocolero! A ver si este animal me güele los
cominos.—Entrale, negro!

El toro, cuya ferocidad se habia escitado hasta lo sumo, arre-
metió contra D. Alonso con mas furia y ligereza, conociendo sin duda
que iba á habérselas con un adversario mas terrible que el primero.
Entonces comenzó una lucha bastante original por el contraste que
formaba la ligereza de la fiera con los movimientos pesados y emba-
razosos del lidiador. D. Alonso, merced á las incómodas botas de
campana, á los recios zapatonos de venado con dos zuelas, y á la es-
torbosa calzonera sobrecargada con mil adornos de plata, llevaba en
cada pierna un peso de diez libras. Y sin embargo, el lidiador juga-
ba con la fiera, y á pesar de las calzoneras que ligaban las pier-
nas de nuestro hombre, y de las enormes botas que dejaban una hue-
lla monstruosa en el estiércol, era digna de ver la destreza con que el
padre de Pancho evitaba los terribles cuernos, haciendo volar la en-
gorrosa manga perpendicularmente sobre las astas de la fiera.

La lucha se encarnizaba mas y mas, y en breve del centro de una
nube de polvo, salian los gritos escitantes del infatigable D. Alonso,
que enardecia con ellos la bravura de su adversario. En fin, despues
de algunos minutos de combate, la fiera abatida, jadeante, anonadada,
cayó á los piés del impávido contendiente, que volvió á la cerca en-
tre mil vivas y parabienes.

La fiesta se continuó sacando á la lisa otro becerro, al cual le montó
Pancho, y sobre cuyos lomos lavó su honor, mancillado muy poco an-
tes. El muchacho lo hizo con tal soltura, facilidad y desembarazo,
que á mí me pareció que eso de montarle á un toro, era lo mismo
que encaramarse en el pescante de un guayin.

¡Condenado pensamiento! Apenas concebí tal idea, cuando se la
comuniqué á D. Alonso, y al punto se trató de que mi raquítica per-
sona se plantase sobre los lomos de un becerro.

Los rancheros aplaudieron la ocurrencia, y el sexo femenino me
miró con cierta sonrisa incrédula y burlona. D. Alonso exclamó:

—De verdá, amito, que ya podia su mercé irle perdiendo el miedo
á las bestias.

—Demasiado te lo he perdido á tí, dije para mi sayo, y ya algo
mohino por la estravagante pretension de aquel hombre. Este, cre-
yendo que yo meditaba lo que debia hacer, quiso decidir mi irreso-
lucion:

—No lo piense, señor amo. Los animales no se comen á los cris-
tianos, y aunque así juera, ¡miste que caso! No ha de morir su mer-
cé de parto. . . .! Sí; no hay que afligirse: está usted ducidido, no es
verdá?

—¡Yo, D. Alonso?

—Usted mesmo. . . . ¡Principio queren las cosas! Agora traygo á
la memoria que un mocito. . . . así, del cuerpo de usted; güeno para
maldita la cosa, y muy rejego para eso de los animales, llegó alcabo á
perderles el miedo, y yendo y viniendo dias se volvió un ginete que
no quera usted ver. Quen quita que usted tambien de pura aficion. . . .

—No, amigo, no me llama Dios por ese camino.

—Es porque su mercé no ha andao por él. Hágase el ánimo y ve-
rá no mas. . . .

—Probablemente no me lo haré.

—¿Cómo no? Los cristianazos no duelen, señor amo.

—Es muy posible; mas no deseo hacer la esperiencia.

—Y luego, aquí en el estiércol avíseme usted si no es un colchon!
Si no ha sido por él, mi hijo Goyo hubiera estacao la zalea, cuando al
caerse de una bestia se quebró tres dientes. . . .!

—Mire vd., D. Alonso, mudemos de conversacion. Yo no nací
para caporal.

—¡Qué no! todos semos de carne y güeso. Móntele su mercé á
un becerrito y verá si no se envicia.

—Gracias, D. Alonso.

—Vamos, amito: si lo tumba yo lo vengo.

—¿Y de qué manerá?

—Montándole al animal y rajándole la alma con las espuelas.

—¡Hombre! ¿sabe vd. que semejante medicamento nunca podrá sol-
darme una costilla ni enderezarme una pierna?

—Güeno! ¿y qué? ¡luego le han de jincar á uno en el ojo tenien-
do. . . . Ni lo diga usted, señor! Va su mercé á verlo:—Mira Pan-
cho; córtate otro becerro.

—Que no haga tal; bien puede ahorrarse ese trabajo.

—Andale, hombre, no te quedes hecho un bruto!

—Don Alonso, yo no he de subir.

—Agora verá su mercé como se anima.
—No lo crea vd.
—¡Bah! uno es decirlo y otro es verlo.—¡Mí usted que animal tan chulo! Ese mas bien es un borrego.
—Chulísimo está; pero no le montaré por vida mia.
—¡Oh! pos antonces va á treparle mi muger.
—¡D. Alonso!

—Y dende aquí al domingo bien puede su mercé ir á misa sobre el animal.—Vamos, Petronila: mi amo quiere esa bestia tan mansa como tú. Andale, meneate!

Este argumento no tenia réplica: por lo menos yo no se la encontré en aquel entonces, y solo me quedaba la esperanza de que la muger de D. Alonso se apiadara de mis treinta años y mi cuerpo ético.

¡Ay lector! el rostro de la hembra interpelada tomó el color de una ciruela: por un instante miróme sonriéndose con timidez y llena de rubor, ocultando en seguida su vergüenza entre los pliegues de su rebozo. Yo, que siempre he sido galante con las señoras aunque no sean damas, resolví treparme sobre todos los monstruos del averno, incluso el mismo D. Alonso.

¡La galantería es el resumen de los pecados capitales!

Ya estoy en medio de la arena. Pancho ha colocado en mis talones dos espuelas colosales, llenas de *tin tines* y cadenillas. En mi cabeza ha puesto su sombrero, en tanto que el mio ha pasado á la suya, arrojando una tremenda carcajada á los mirones. Pancho hace el gracioso cuando juzga que no le veo, y la principal gracia se la presta mi pequeño sombrero de bejuco, el cual le queda al muchacho como á un cura el solideo. En cuanto á mi figura no debe ser tampoco nada seductora. El sombrero de Pancho, que no se ajusta á mi cabeza, está rígido, rebelde y posee la dureza de un guijarro. La estensa falda puede medir treinta pulgadas; y con esto y mi cuerpo alto, delgado y con mas piernas que un compás, heme aquí convertido en un hongo hecho y derecho.

Entre tanto D. Alonso y otros rancheros han echado por tierra al toro en que debo hacer mi *debut* de equitacion, y ya están acabando de ponerle el *pretal* que va á ser mi único apoyo.—La sangre se me ha ido no sé á donde. En vano procuro contener cierto temblor que se ha apoderado de mi cuerpo, y mis largas piernas apenas pueden sostenernos á mí y á mi diabólico sombrero.—Mas, ¡ay! mi terror se ha aumentado al saber el nombre de la fiera....! Es ¡el *Tumba-calzones*...!!—Diablo! yo soy supersticioso y creo en agüeros....!

—Vamos, amito: ya está en facha este borrego. ¡En nombre é Dios no hay que tenerle miedo!

—Mire vd., D. Alonso: ese animal va á desnucarme....!

—¡Imposible! Apriete su mercé las piernas, que muy güenas se

las ha dao Dios: cargue el cuerpo pa atrás cuanto sea dable; no largue el pretal, y no quite la vista de la cabeza del becerro. Lo demas se hace solito.—Ah! el barbiquejo! échese su mercé el barbiquejo pa que el sombrero no se cayga.... Bien! Agora vamos á ver.

—Don Alonso, ¿quiere vd. matarme?

—Yo no; pero si tal juera la costelacion de su mercé, yo le asiguro, amito, que me echaria á cuestras la viuda.

—Pero hombre de Dios, ¿quiere vd. que muera sin sacramentos...?

—Ni lo piense usted, señor amo! Yo con esas piernas y esa estampa seria muy capaz de montarle hasta los pájaros. Eh! arriba, y no tenga su mercé cuidao, que no es ginete el que no cay.

¿Con que en fin, ya no hay remedio? dije para mis adentros; ¡cómo ha de ser! ¡Ay! ¡ojalá y no hubiera rancheros en el mundo! ¡ojalá y los toros jamas se hubieran conocido! ¡ojalá y mi madre me hubiera dado á luz suprimiéndome las piernas!

El animal permanecia en tierra. Me acerqué á él; con mil trabajos introduje las manos en el pretal, y en seguida monté sobre la fiera, encomendando mi alma á Dios y mi cuerpo al brutal *Tumba-calzones*.

—Al ver mi resolusion, la alegría de D. Alonso no conoció límites. Me colocó bien sobre el toro, acomodando en seguida lo mejor que pudo mis manos en el condenado pretal, que estaba á punto de dividirme los dedos: luego doblégó hácia arriba la ala delantera de mi sombrero, operacion que se llama *arriscar*, y que comotodo el mundo sabe, indica decision, valor, temeridad, barbarie, ¡que sé yo cuantas cosas mas!—Por mi parte solo sentia miedo!

Concluidos semejantes preparativos, D. Alonso me abandonó á mi destino, gritando como un frenético:

—Agora sí! Déjenlo. ¡Arriba penco!—Cargue su mercé el cuerpo pa atrás.... Los ojos á la cabeza del becerro.... Trávele, señor.... Ansina.... ¡Bien!—¡A qué mi amo tan persona!

Yo seguia fielmente los consejos de mi nuevo maestro. Apreté las piernas, las manos, los dientes, el.... todo, en fin, cuanto podia ser apretado.

El animal se puso en pié bruscamente, y al mismo tiempo oí crugir mis pantalones y desprenderse los tirantes. Sentí ademas el fresco de la brisa, y aunque en medio de mi terror no podia decir con certeza cual sitio de mi cuerpo era el refrescado, sin embargo, la risa disimulada de los rancheros, me indicaba poco mas ó menos el lugar de la desgracia. Al fin, atropellando las reglas de D. Alonso, quité los ojos de los cuernos del becerro, busqué con la vista y hallé.... Lo que ninguno hasta entonces habia encontrado en los lomos de un toro formidable.—¡Era preciso resolver cuanto antes un problema, desconocido á todos los académicos del mundo!

En efecto: ¿qué debia hacer? ¿Abandonaba el pretal y conducia

mis manos al sitio desgarrado para reparar la desgracia de mis pobres pantalones?—¡Bah! ¡Buen tonto sería el que luchando con la borrasca en medio del océano abandonara la única tabla de salvacion por acomodarse los calcetines!

Pues entonces, ¿debia no soltar mi único apoyo, y resignarme á que todo el mundo se riera de mi estravagante facha? ¡Quién sabe! Mas ocurrióseme en aquel momento que Adan no se ocultó de nadie mientras no hubo pecado. Yo era inocente; no tenia remordimientos, ni era el deseo de una manzana el que me habia colocado sobre los lomos de la fiera.

Mis manos, por tal motivo, aseguraron el pretal con triplicado empeño.

Esto se hacia tanto mas necesario cuanto que el toro, por una estraña casualidad, pacífico y sosegado al principio, habia echado á correr al rededor del corral, amenizando de trecho en trecho su carrera con algunos ligeros respingos, que amenazaban echar por tierra, no mi reputacion de ginete, sino mi graciosísima persona. Y digo graciosa porque en efecto, mi figura que siempre lo ha sido, en aquel momento iba ganando en gracia cuanto perdía en atavios. Además, yo estaba lívido; apretaba los dientes con furia, y abria los ojos como un desesperado: las espuelas, prófugas ya de mis talones, y enredadas en mis piés, me sacudian lindamente los tobillos, en tanto que el pesadísimo sombrero flotaba en mis espaldas detenido por el barboquejo que me estrangulaba la garganta.

A pesar de esto D. Alonso y su hijo no estaban satisfechos, y gritaban sin cesar:

- ¡Ya mi amo se quedó con el oficio!
 - Bien hayga lo bien parido!
 - Abránse mirones: déjenlo que pase.
 - ¡Hupa, negro!
 - Huy!
 - Amaría, becerro!
 - Téngase, amito.
 - Ya se le quedó.
 - ¡Mien que cristiano tan de ley!
 - Búygale, señor; échele su mercé los gatos, y mas que se acaben los pantalones; esas condenadas fundas de violin!
 - Es gana, señor padre: el maldito becerro ya se dió!
 - Pos córrele, hombre, y hasle rejuego. Sácale la ley!
- ¡Oh vanidad mundana! Las palabras de D. Alonso y su hijo, iban llenando mi corazón de orgullo. Sí; ¡yo era un ginete! me le habia quedado á un toro! ya no era solo un moja-tinta mándria y delicado, sino un hombre de campo lleno de intrepidez y audacia. Soñaba

ya con la gloria, y me parecia que las mugeres y demas mirones, desde la cumbre de las cercas cuarenta siglos me estarían mirando. . .!!!

Pero aquí de Dios que pasa el sueño y llega la realidad, conduciendo á Pancho de la mano hasta las ancas del toro. El muchacho antropófago asió con ambas manos el nacimiento de la cola del animal: la retorció frenético, hincándole despues los dientes lo mismo que pudiera hacerlo en un sabroso guayabate!

¡Huy! entonces sentí sacudimientos espantosos: me parecia estar sentado sobre una capa de azogue que se deslizaba á todos lados: el horizonte se dilató prodigiosamente: todos los objetos giraban rápidos en derredor de mi persona: la tierra seguía un curso veloz y opuesto al que yo llevaba: mi cabeza se desvanecia; mis miembros flaqueaban y en medio de esto ví repentinamente. . . ¡cosas de la óptica! digo, pues, que vi la cosa mas estraña y portentosa. Los hombres, las mugeres, los animales, los árboles, las montañas, todos los objetos que herian mi vista se habian trastornado! estaban invertidos. . .!!—Pero no; aquello no era un fenómeno óptico: yo solo era el trastornado, supuesto que volaba en el espacio con la cabeza dirigida al suelo y los piés hácia las nubes!

No sé como cai; pero es el caso que pude observar muy bien el cómo la coquetería se anida en todas partes, supuesto que las hembras montaraces, al verme en tierra, imitaron la accion elocuentísima de César, cubriéndose la cabeza con sus mantos hechizos y de otate!

Y ahora, lector, yo que resuelvo problemas en ocasiones angustiadas, voy á hacerte una pregunta, precisamente cuando me encuentro tirado en tierra, boquiabierto, mirando al cielo con estupidez, oyendo carcajadas infernales, hallándome aturdido, derrengado, lleno de estiércol, de terror y de vergüenza; yo, pues, lector, te pregunto si es el tipo del *Ranchero* el que voy escribiendo, ó si es el mio? Ya sé lo que vas á responderme, y antes de todo, lleno de contricion te confieso mi culpa, la cual queda suficientemente castigada merced al último episodio. Hasta aquí poco hemos visto del *Ranchero*, y aun nos falta mucho todavía. Pero, señores; el decir en un momento cuanto se tiene que hablar sobre un asunto, solo se quedó para los pretendientes de novias y de empleos. Yo voy mas despacio, y si Dios quiere dentro de poco plantaremos en escena al *Caporal*, y seguirá la misma ensalada compuesta de *animales* con cuernos y sin ellos.

Por ahora voy á cambiar de pantalones y á curarme el colodri- llo. Adios!—M.

Junio de 1855.